



Año IV.

Barcelona 2 de Octubre de 1890.

Núm. 173

LA Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION VI

DIRECTOR J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

ACTORES ITALIANOS, POR ESCALER



Periódico literario, ilustrado

Administración: Vertrallans, 3, 1.º

Horas de despacho: de 2 á 4 tarde

Precios de suscripción

Barcelona. 1'50 ptas. trimestre
Provincias. 5 " semestre

Números atrasados: 1 real.



CAV. FLAVIO ANDÓ
Famoso actor de la Compañía Duse

Ayuntamiento de Madrid



RIUS Y TAULET

Hay que saludar con respeto su tumba.

Si fué ó no débil en ocasiones; si cometió ó no cometió errores, no somos nosotros quienes hemos de decirlo. Lo que si creemos es que todo el *Debe* de su cuenta no llega al *Haber* que representan su acendrado cariño á Barcelona y la gran obra—por él felizmente levada á cabo—de nuestra Exposición Universal.

Salvo una tristísima y bochornosa excepción, todos los barceloneses se han sentido conmovidos ante la nueva de su muerte, y todos, amigos y adversarios, han hecho justicia á las grandes dotes que le adornaban.

Por eso LA SEMANA COMICA, abandonando por un momento el tono festivo que le es peculiar, se descubre con respeto ante la tumba del muerto ilustre, que por el engrandecimiento de su ciudad querida sacrificó su reposo, su salud y quizá su existencia; del administrador honrado, que despues de manejar millones, ha dejado á sus hijos por toda herencia un nombre querido y una memoria pura y honrada que respetar.

Descanse en paz D. Francisco de Paula Rius y Taulet.

Una chispa de la fragua

Dedicado á Armando Palacio Valdés

I.

—Qué guapa se ha puesto Carmencilla, la hija del maestro carpintero! —exclamó un viejo que se hallaba sentado junto á una tapia tomando el sol, envuelto en un sucio capote gris, los pies abrigados por unas zapatillas negras de forro amarillo y la cabeza cubierta por un gorro de terciopelo verdoso.

En tanto, Carmencilla, con menudo paso, se dirigía al obrador, y el viejo íbala siguiendo con la vista embobada y sonriente, como si hubiese de robar con la mirada algo de aquella juventud para su débil corazón.

—La verdad es que Carmencilla es de lo mejorcito del barrio—replicó una castañera que cerca del viejo había puesto sus bártulos y movía de continuo el pucherete que chisporroteaba al hornillo, la golosina de los chicos, caliente y sabrosa.

En esto, una mocita llamada Maricuela atajó á los que hablaban, diciendo con pique y encorajinada:

—No sé qué vale la Carmuncha. ¿Qué tiene de particular? Nada. ¡Si parece una muñeca de real y medio!

La tal Maricuela tenía un rostro enjuto y pequeño, pero en él ya la envidia había puesto sus tintas lívidas, el despecho sus rasgos ásperos y la malicia sus perfiles agudos.

—Calla, que te come el gusano—dijo la castañera;—le tienes en el cuerpo y no te deja vivir.

—No—replicó el viejo:—ya sé la ha comido. ¡No he visto criatura más envidiosa!

Lo cierto era que, en bien ó en mal, todos se ocupaban de Carmencilla; como que se hallaba en esa edad en que las muchachas son aún poco niñas y ya son algo mujeres. En las muchachas, como en las flores, la hermosura primera, al parecer, copia á la aurora: vése un fulgor instantáneo, que precede á la explosión de mil deslumbrantes destellos.

Carmencilla tenía la risa de la infancia en los la-

bios, y en los ojos la pudorosa gravedad de la mujer.

Alguien nos ha contado que esa gran fuerza que todo lo renueva, por todo circula constantemente, y que por esto se abren los capullos y de ellos escapan millares de mariposas que antes fueron negros gusanos, y tuvo el capullo como resorte y sorpresas de cubilete por magia singular; no miento si aseguro que de los verdes y de los rojos, de los prolongados ó de los redondos botones estallan las corolas, y que la savia remoja los árboles viejos, y por fin, que algo de esta energía, algo de este effluvio bajó á Carmencilla y detúvola en su corretear de niña, dejándola en un delicioso asombro y sorprendida, como quedaría un pájaro que se sintiese transformar en ángel.

Carmencilla había pasado antes por dos épocas bien extrañas. En una, los vestidos veníanle siempre cortos á la infeliz criatura, tenía las manos algo descarnadas, las piernas largas y los brazos delgados.

Una luz muy débil, más bien un vago esplendor en los ojos, una boca risueña y unos dientes pequeños y blancos, dejaban la esperanza de que, andando el tiempo, no había de ser del todo fea la pobre muchacha.

Por esta época, al pasar un día Carmencilla por delante de la fragua, Gonzalo el herrero, mozo de unos diez y siete años, la dijo con risa picaresca y tono zumbón:

—¡Larguirucha! ¡Vaya una caña de pesca que va á tener tu padre dentro de poco!

Siguióse otro tiempo, durante el cual Carmencilla se puso gruesa, un poco basta, hecha un taleguillo por lo rechoncha, hecha una figurilla de feria por lo colorada y barrosa; pues bien, cuando la gente menos lo esperaba, apareció linda como un pino de oro.

La última vez que Carmencilla se había retratado, lo hizo en seis plaquitas de ferrotipia por una peseta, é hicieronle unos retratos, que con sólo mirarlos, daba ganas de hacer añicos el aparato fotográfico. Parecía que el sol, haciendo burlas, había intentado chasquear á la muchacha, como para darle á entender que el color y la vida de su cara no admitían copias, y que así podía ella mofarse de los fotógrafos como el mismo sol de los pintores.

—Ni más ni menos. ¡Bendito Dios! ¡Cualquiera diría que esta es ella!

Empleaba al decir esto fina ironía el herrero Gonzalo, montado en la bigornia, apoyando una mano en el mango del macho-martillo y mirando una copia del retrato de Carmencilla, que tenía en la otra mano.

¡Cabalito! ¡como que aquella mancha negruzca, aquella cara borrosa, eran un retrato de Carmen, que tenía unos ojos que brillaban á lo mejor como dos luceros, y unos labios coloraditos y pequeños, que en risas y palabras sonaban mejor á los oídos de Gonzalo que el alegre puntear de la bandurria!

—¿Verdad que no es ella? —preguntó Gonzalo á Melitón, su mancebo de fragua, mostrándole la plaquita.

—¿Quién? —contestó éste, alzándose de puntillas y alargando el cuello para mirarla.

—¡Bah! ¡si nadie la conoce! ¡Carmen, la hija del maestro carpintero!

—¡Anda! —exclamó Melitón— así se parece eso á ella, como un gallo á la luna. ¡Si parece que han querido retratar á la Maricuela!...

—Eso, eso —replicó, lleno de contento Gonzalo— eso... se muere de envidia por ella.

Luego el herrero quedó pensativo, mirando con fijeza al rincón de las virutas, como si estuviera preocupado en mandar por más á Periquillo, el aprendiz, que tal creyó este al verle mirar á aquellas con insistencia.

Pensaba Gonzalo en Carmencilla, que poco tiempo hacía era una niña y jugaba al corro con otras no lejos de la fragua. Habíase hecho ya una mujer. ¡Qué delicada, qué bella! Su cutis era blanquísimo, y debiera ser fino como la seda; se negaría Gonzalo á posar en las mejillas de la niña sus manos ennegrecidas y ásperas; antes que hacerlo, hubiera preferido cortárselas. ¡Qué talle, qué pié! Si Gonzalo hubiera sabido pintar, la hubiera retratado maravillosamente; mejor que nadie.

Carmencilla, además, era muy buenaza, muy simpón; tenía *menos picardía* que un niño de seis años... Y eso que murmuraban ya de ella... Nadie la conocía como Gonzalo. De pronto se levantó y comenzó á vocear.

—Vaya, vaya... Perico, no te duermas. ¡Aire! ¡al fuelle! Y tú, Melitón, coge el macho y dame la estampa, que debemos acabar pronto la labor: ¡Caldea esas barras! ¡listos! Decía esto como para azuzar á los otros, pero en realidad por estimularse á sí mismo, como quien hay del adormecimiento que causa contemplar las elucubraciones de un sueño deleitoso.

Metió un pié en el estribo y tiró del fuelle Periquillo, raído y negro como un diablo, y á los resoplidos acompasados y fuertes, uniósse el traqueteo de los martillos.

La fragua estaba vomitando llamas y avivando ascuas.

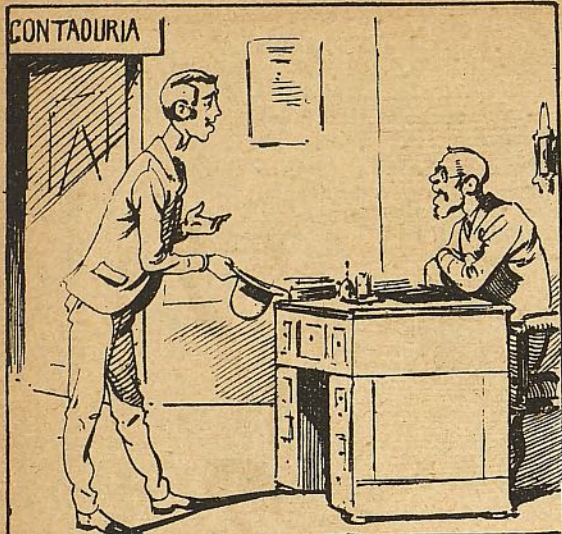
Dióse entonces para Gonzalo un doble trabajo; enardecido se hallaba en su faena, y no parecía sino que tenía al propio tiempo una fragua en su cabeza; tal era el número de pensamientos que á ella acudían, y si con recia insistencia forjaban las manos el hierro, con ferviente vehemencia á la vez forjaba esperanzas, y unía recuerdos la fantasía del obrero enamorado.

Tomó unas tenazas, cuyos dos lados, al juntarse, formaban la cabeza de una serpiente, siendo los dos remaches del eje como dos ojos, y el pedazo de hierro sacado de la fragua una lengua de fuego; sobre esta lengua comenzó á golpear.

Entonces fué cuando le acudió á la memoria el recuerdo del día que vió á Carmencilla salir de misa con un manto ancho como el de una mujer.

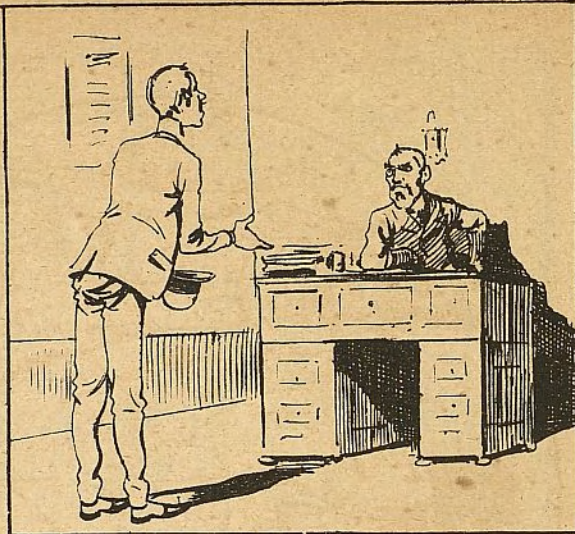
Puso el martillo tajadera sobre el hierro, color de caramelo entonces; miró rápidamente á Melitón, y éste descargó recios golpes de macho para cortar la barra. Habían sido muy tontos los padres en colocarla en un obrador, al que iba sola todas las mañanas y del que volvía sola todas las tardes. ¡A saber qué clase de compañeritas tendría en él, y qué hombres la perseguirían por las calles!... Entonces, como si tal pensamiento le irritara, prestándole fuer-

EMPRESARIO COMPLACIENTE, POR CILLA

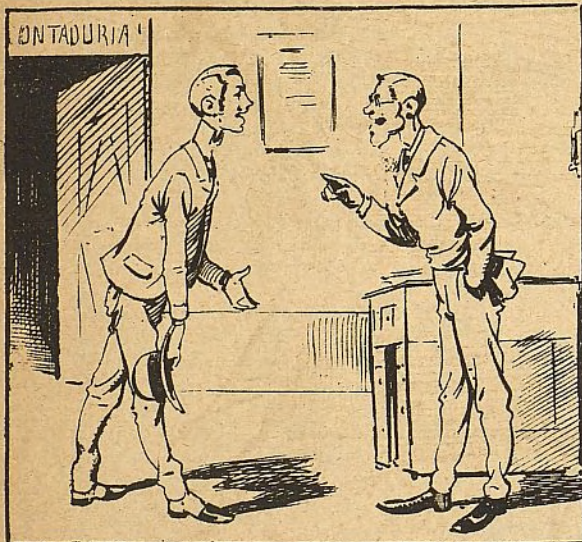


—¿El Sr. Empresario del teatro de...?
 —Servidor de Vd.
 —Pues soy redactor de *El Eco lánguido* de las clases menesterosas y venía á ver si Vd. me quería dar un pase,...

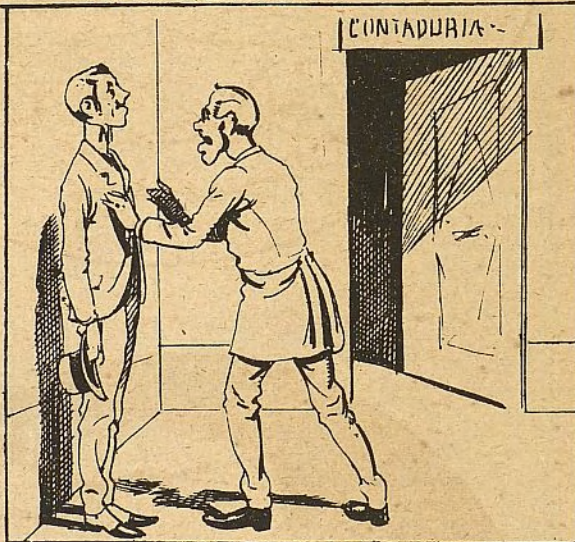
—Vuelva Vd. mañana.



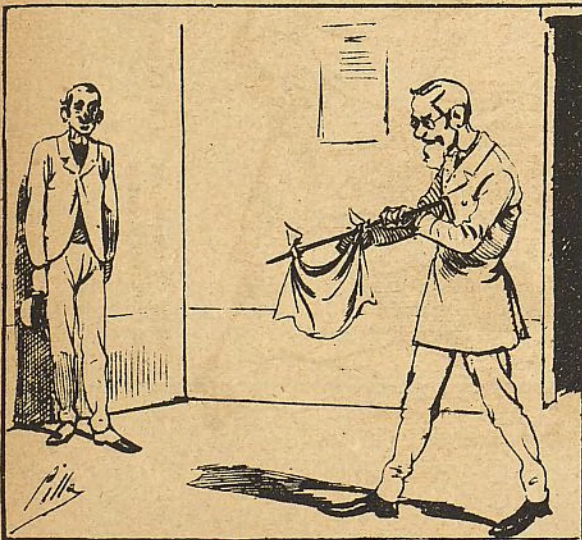
—¿El Sr. empresario.
 —Servidor de Vd.
 —Pues soy redactor de...
 —¡Ah, vamos! Vd. es el que quiere que le dé un pase, eh?
 —Sí, señor.
 —Pues mañana, mañana sin falta.



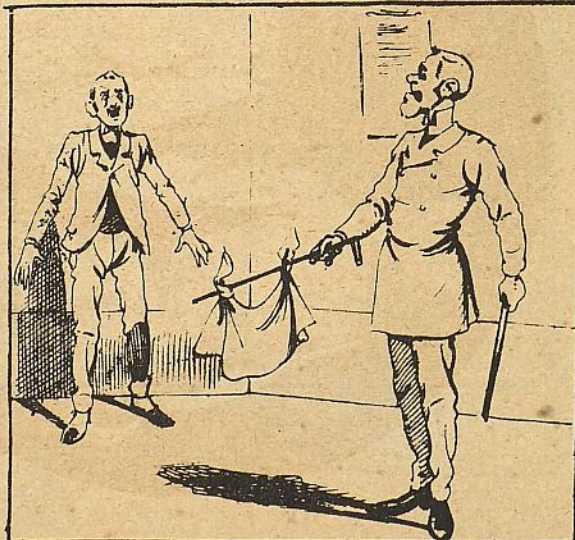
—Soy redactor de *El Eco lánguido*...
 —Si sí: ya sé.. Y viene Vd. á que le dé un pase. Pues voy á complacerlo.



Póngase Vd ahí.



Vengan el bastón y el pañuelo.



Ahora.... ¡embístame Vd!

LOS DEL SABLE, POR «MEGACHIS»



Campo de maniobras; el de Calaf. Ejercicios de sable, reвольver y cañón.



Campo de maniobras; la esquina del Suizo. Ejercicios... sólo de sable.

za para el trabajo, comenzó á golpear furiosamente con rudo martilleo sobre la señal marcada por la tajadera.

Por supuesto, que aquello lo hacían los padres por codicia, y eso que el carpintero no estaba mal, ni mucho menos.... ¡Anda, que la chica más podría perder que ganar al cabo del tiempo! Doblaban entonces el obrero una barra recién caldeada y dióle una ó dos vueltas al pico de la bigornia, como quien arrolla una cinta.

Si continuaba acudiendo al obrador no sería mujer de su casa, y el que la eligiera por mujer no querría, seguramente, que fuese al obrador. Gonzalo no lo permitiría, si con ella se hubiera de casar. ¡Casarse con ella! Este solo pensamiento caldeó las mejillas del herrero y las puso más coloradas que el hierro que entonces forjaba.

¡Casarse con ella!... ¿Y por qué no?

Por un rápido movimiento, introdujo el hierro en la tina, lo cual produjo un chiss... chiss... y una nubecilla de humo blanco que saltó hasta el techo.

El caso es que tenía ya la muchacha humillos en la cabeza; puede que se le hiciese poco un trabajador como él... Se acicalaba mucho y quería aparecer como una señorita casi, cuando iba al obrador. «¡Mala señal!» habían dicho algunos. Pudiera ser... pero no; Gonzalo nada temía.

La madre de Carmen le había dado á Gonzalo aquel retrato de su hija, para que él, á la vez, se lo diera á su madre... Eran vecinas ambas y amigas antiguas. Gonzalo pensó cumplir el encargo... aunque le daban intenciones de tirar el retrato. Hubiera pegado un coscorrón por torpe al fotógrafo, lo mismo que hubiera pegado á la Maricuela por enredadora y mentirosa: ¡pues no se había atrevido á decir que había visto á Carmencilla acompañada de un señorito! Y algunos lo habían creído. Tan bien la conocían ellos como había sabido retratarla el fotógrafo... Gonzalo, sólo él, la sabía estimar de todas veras; él tenía viva su imagen, y él conocía toda la inocencia de su alma.

Se puso después á trabajar con ese menudo martilleo por el que los de su oficio conforman con arte el hierro y hacen con el martillo un delicado trabajo, y luego, en tanto se caldeaba otro barrote, acordóse del domingo en que, vestido con un pantalón de pana negra, su chaqueta, su pañuelo de seda azul al cuello, su reloj y su gorra alta como la de los fumistas franceses, fué á sacar á bailar á Carmen, y ésta le dijo:

—Gonzalo, aunque te raspen no perderás tu olor de infierno.

El obrero quedó con este recuerdo apesadumbrado y triste. —Tal vez no podré jamás ser amado por ella.... esto pensaba, mirando por la ventana el sol que descendía hacia Occidente, formando sobre los oscuros montes, con nubes y reflejos, un inmenso horno de fragua.

Al Oriente grandes y obscuras nubes anunciaban lluvia.

II.

El único que no había creído á Maricuela, era Gonzalo el herrero; bien lo hubiera esperado así Carmencilla: Gonzalo era buen muchacho. Con su

cara sucia todo el día, sus maneras bruscas, valía más que todos.

¡Que la habían visto con un señorito! Es verdad, pero porque él la había querido importunar con su charla.

¡Ah! si lo hubieran sabido todo, ¿qué hubieran pensado?

Volvía del taller Carmencilla preocupada con tales ideas, y apresuraba el paso; un nubarrón negrozco amenazaba descargar en lluvia. Carmencilla iba mal humorada aquella noche.

Hacia días, un caballero muy elegante, no mal parecido, habíala seguido hasta el obrador, y luego la había esperado á la salida. Esto la puso contenta, ¿por qué no confesárselo á sí misma? Ya tenía ella quien la esperaba, como tantas otras.

—Mira, Carmencilla, no prestes oídos á ningún moscón—le había dicho Margarita, la oficiala mayor del taller:—esos sólo quieren... divertirse.

En esto de divertirse, no veía nada malo Carmencilla; pero sí en el acento con que se lo había dicho Margarita. Aquel tonillo grave y aquel gesto de desprecio, le infundieron temor.

Una mañana que había salido temprano de casa, caminó como de paseo por las calles... ¡Lo que ella miró y remiró los escaparates! Fija y embobada había contemplado el de un joyero... Mostrábase en él un collar de piedras... ¡qué decir de piedras: de estrellas! Tal lucían sus reflejos y colores... Infundiale respeto aquella maravilla para el cuello de una duquesa; pero lo que verdaderamente le cautivaba la vista y al deseo la ataba con los fuertes lazos del capricho... era una sortija con escarcha de brillantes, como en gotas de luz apiñadas para formar un foco.... allí estaba aquello en su estuchito de raso....

—¿Qué miras?—le dijo una compañera del obrador que acababa de llegar al mismo punto.

—¡Ah! eres tú?—dijo Carmencilla:—miro esa sortija. ¡Oh, qué cosa más linda!... Chica, no vendría mal á nuestras manos.

No habrían dado dos pasos, cuando apareció ante Carmencilla el caballero que la había seguido los días anteriores, y acercóse á hablarla.

—Señorita, he sabido que le gusta á usted esto; recíbalo como una prueba de amistad...

La paloma tornóse en gavián; la hija del pueblo, la madrileña, pronta á disparar un reproche, un rayo de gracia, como un rayo de fuego...

—Empiédrese usted con ellas... la boca, le dijo; nadie recibe regalos de quien no tiene derecho á hacerlos y menos una hija de familia—exclamó ofendida Carmencilla.

El instinto de pudor que salva á la mujer, la inspiraba.

Y desapareció indignada... Luego lloró de rabia; cosió nerviosa, pinchando más veces sus finos dedos con la aguja que cruzando con ella la tela, y cuando llegó la hora, caminó, molestando los transeúntes, encontrábalos más torpes y pesados que otras noches; le mareaban los coches; tenía una amargura íntima en el alma, un despecho, y una ira mal reprimida, pensando en las palabras que, al saber lo que le había acaecido, le dijera Margarita:



—¡No quería nada bueno! Hombres así, no nos estiman. Créeme, lo primero es verse estimada.

Estaba cerca de su barrio; para llegar á él debía atravesar por despoblado; apresuró el paso; la nube se había ido dilatando... Segun caminaba por un estrecho senderito, Carmencilla oyó el alegre triqui-traque de la fragua, el más alegre ruido de su barrio.

De pronto comenzó á llover, fuerte, muy fuerte; Carmencilla caminó de prisa. Pasar este farol, luego el de más allá... bueno, el otro... ya no le quedaban más que dos que dejar á la espalda. ¡Qué lejos le parecía su casa!... Pasó rápidamente por delante de la fragua... pero la lluvia era torrencial... y Carmencilla retrocedió... ¡Por qué no guarecerse en la fragua? Así lo hizo.

Gonzalo quedó sobrecogido de sorpresa... —Pasa, Carmen, que pronto cesará la lluvia—dijo Melitón á la joven.

¡Qué infierno aquí! Véase el escobillón mojado, que Periquillo zarandeaba sobre el fuego como un hisopo del demonio; el viento, penetrando en la fragua, mantenía el humo de ésta en el techo, ofreciendo el aspecto de una cubierta de gasas; Gonzalo, con un rayo en la mano, el brazo tendido á la bigornia y un martillo en la otra mano, ayudado del oficial, siguió con más brío su trabajo, por ocultar su turbación, sin duda... Los martillos cayeron sobre el hierro... las chispas rojizas saltaron, y las cascarillas desprendidas de la calda se cruzaron rápidas por el espacio como estremitas brillantes... Una de éstas cayó sobre el dedo anular de Carmencilla.

—¡Ay!—gritó al sentir una viva sensación pasajera y ardiente.

El trabajo cesó.

—¡Bah, eso no es nada!... Un ligero escozor que no dura nada... ¿Dónde ha sido? exclamó Gonzalo.

—Aquí, en la mano.

—Luego una motita morada que dura dos días, continuó diciendo el mozo... Pero yo lo curaré, si me lo permites, Carmen; y diciendo y haciendo, acercóse á la joven con una pluma impregnada de aceite, y tomando su mano con la mayor delicadeza... tímido, respetuoso, enamorado,—¡oh, esto bien lo vió Carmencilla!—pasó la pluma por la leve quemadura; y al ver que había sido en el dedo anular, dijo sonriente:

—En el mismo sitio en que podías llevar una sortija.

La joven se estremeció. Mas bien pronto sintióse confiada y contenta; había puesto para ella Gonzalo un banco, y sobre él, por almohadón, doblada la badana, dejando hacia abajo la parte sucia y ennegrecida.

¡Aquella mujer gozaba, satisfecha de una dignidad á que ciertamente tenía derecho! Entonces se fijó en que Gonzalo era hermoso; parecía que aquella vigorosa presencia la prometía amparo... Además, él no había dado oídos á la Maricuela...

—¿Sabe usted, señor Gonzalo—dijo Carmencilla—que ya no vuelvo al obrador?

Le llamaba de usted. Le amaba; acababa de reconocer en él el poderío del fuerte.

III.

Gonzalo fué amado.

Después de hablar, cuatro semanas más tarde, al señor Pedro, el carpintero, y á la señora Maria, feos y envejecidos, que mostraban sus cabezas calvas y sus rostros de mal humor, semejantes á la de un perro ratonero que solía aparecer, gruñendo, por debajo del banco de la carpintería, se dispuso la boda, y Gonzalo y Carmencilla se casaron. Hasta Maricuela hubo de alegrarse.

Y hoy, frente por frente á la fragua, en un cuartito barato, hay una ventanita orlada de campanillas y madreselvas, que ofrece una delantera de floridos tiestos: desde allí Carmencilla ve el rojo infierno de la fragua, donde hay para ella un montón de rubies, chispazos de brillantes, un aspecto más seductor que el del escaparate, y se produce un ruido que la estimula á cantar con ese gozo que sienten las mujeres donde viven y reinan, y Gonzalo, á su vez, desde allí mira al cielo mismo; en aquel marco de flores aparece ella; muchas veces cantando con su voz dulce le alienta poderosamente en su trabajo...

El también canta lleno de alegría:

Tengo un niño chiquitín
que se llama Nicolás...

¡Y se rie como un bendito!

¡Y pensar que aquel necio caballero había querido comprar con una piña de brillantes lo que Gonzalo había conquistado con una chispa de la fragua!

JOSÉ ZAHONERO.

SE LO CUENTAS A TU ABUELA

I.

«Yo estoy dado á Lucifer
ante mi suerte fatal:

yo me encuentro mal, tan mal
que más mal no puede ser.
Mi situación me da horror,
me da pena, me da tedio,

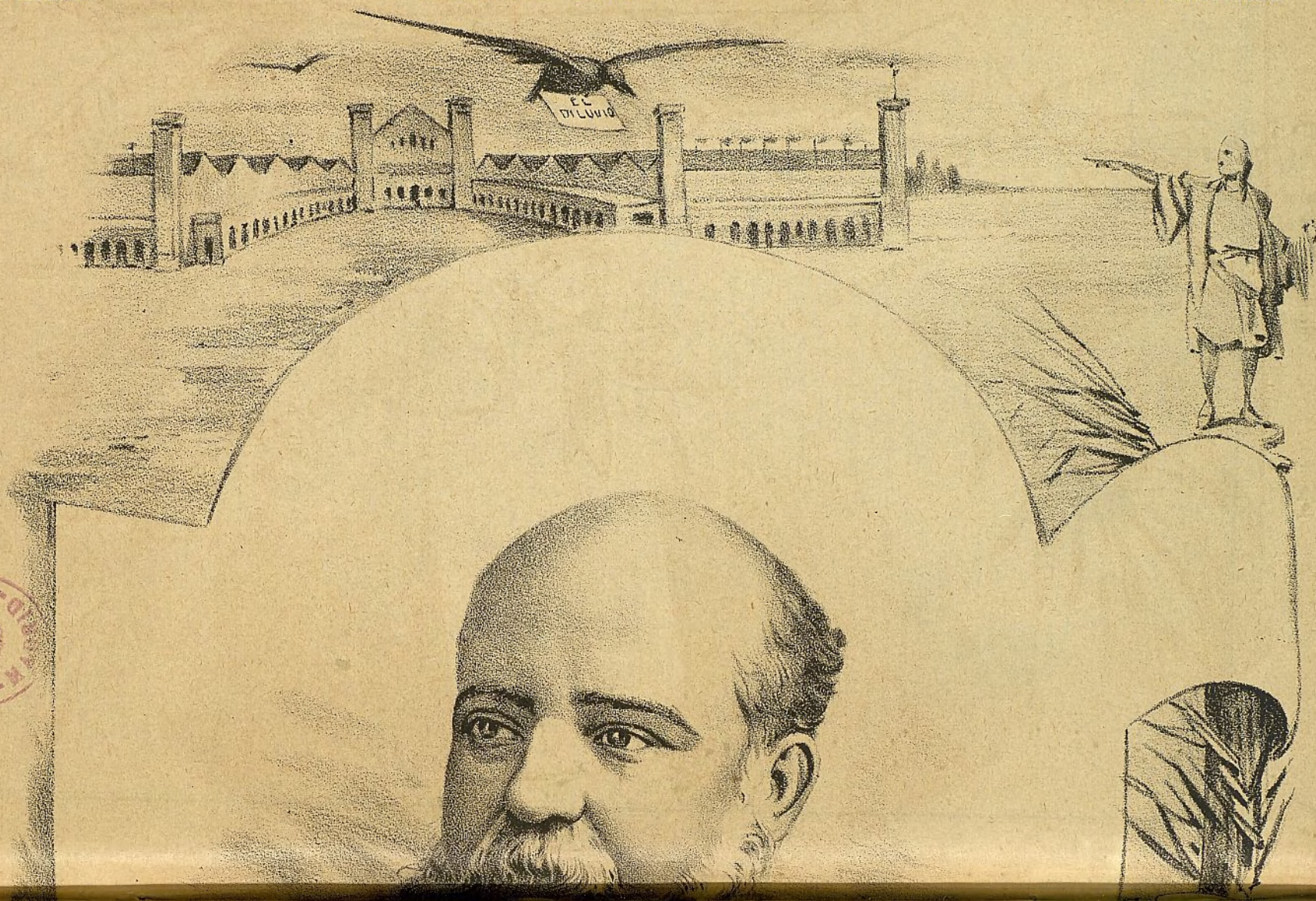
busco y no encuentro el remedio
y voy de mal en peor.»

Así me quejaba un día
á un amigo de la infancia,
ante la fiera inconstancia
del destino que me guía;
mas él, que mi bien anhela,

condolido de mi llanto,
«Vuelvo» dijo: «mientras tanto,
se lo cuentas á tu abuela»

II.

Llegué, y en tono sencillo
conté á mi abuela mis males,
pero ¡ay! no daba señales



de ablandársele el... bolsillo.
Escuchó mi relación
y al acabarla me dijo:
«Aquí lo mejor es, hijo,
que tengas resignación;
que aunque me aflige y exalta
el contemplar tus apuros,
—apuros que son más duros

que los que á tí te hacen falta,—
no lo puedo remediar,
tu triste suerte lamento;
en fin, chico, yo lo siento,
mas no lo puedo llorar.»
Tal dijo y como un venablo,
mi destino maldiciendo,
salí á la calle corriendo,

como alma que lleva el diablo.
III.

Nadie mi pena consuela.
No hay un sér más infelice.
¡Y aun hay gente que me dice
que se lo cuente á mi abuela!

E. S. HÉRMUA (*Mecachis.*)

CARTA NECIA

A DON RICARDO J. CATARINEU.

Aunque un día la maldad
negase la realidad,
no por ello me acobardo:
yo juzgo á usted, don Ricardo,
un poeta de verdad.

Pero, ¡ay! no puedo escribir
lo que eso me hace sufrir...
¡Cuánto me alegrara yo
si lo que le he dicho, no
lo tuviera que decir!

Fuera grande mi contento
á ser sólo un puro cuento
sus inspiraciones reales;
si no brotara á raudales
de su pluma el sentimiento.

¿Por qué usted al mundo trajo
una lira, si aquí abajo,
en este siglo que expira,
estorba más una lira
que un trombón ó un contrabajo?

¿Por qué usted á vate se mete
y se coloca en un brete
á oír expuesto un dislate,
si aquí en cuanto ven un vate,
todos á una dicen: «vete»?

¿Tiene las musas precisas
para inspirarle, sumisas?
Pues á estas gentes ilusas
nada diga usted de musas,
que se lo dirán de misas.

Si usted á cantar empieza,
déjelo, que es gran simpleza
y pecará de importuno...

¡Hombre! si aquí cada uno
tiene un *canto* en la cabeza!

¿Cree usted que hay todavía
quien guste la poesía?

¿Qué falta hace ya el Parnaso,
si ir hácia él, es dar un paso
hácia la cursilería?..

Vaya usted á los botarates
que afirman esos dislates
á decir alguna cosa
de una concepción grandiosa
de alguno de nuestros vates.

Si emiten sus pareceres,
industriales, mercaderes,
banqueros y remendones,
dirán de las concepciones...

que son cosa de mujeres.

Cualquier poema, el mejor
considerarlo un horror
muchos, y no lo resisten;
¡y hay quien no sabe que existen
Nuñez de Arce y Campoamor!

No es esto solo; con la
civilización, que vá
aumentando cada día,
se están agotando ya
las fuentes de poesía.

Pruébanlo así esos rastreros
poetastros bullangueros,
muy queridos de las gentes,
que, como faltan las fuentes,
se van á los bebederos.

Ellos de la linfa impura
van sacando la basura,
según entendiendo voy:
el fango que ensucia hoy
la patria literatura.

Y para este vil montón
glorias y dinero son;
no para gentes sencillas
que vierten en las cuartillas
la sangre del corazón.

Por eso mismo deploro
que pruebe su pluma de oro
de modo tan elocuente
que tiene usted en la mente
de inspiración un tesoro.

Si siento que usted del Arte
al escribir no se aparte,
es porque en la actualidad
ir á la inmortalidad
es no ir á ninguna parte;

y es lástima que usted afronte
el desdén y se remonte
en ratos de inspiración,
cuando el del monte Helicón
es el camino del Monte.

Porque triste que un dechado
de ingenio—que usted ha dado
pruebas de serlo mil veces—
aguante las esquivaces
de un público encanallado...

En lo sublime que imprime
y hay poca gente que estime,
no emplee los ratos de ocio,

porque no se hace negocio
con el género sublime.

Si colección escogida,
de cuanto escribió en su vida
formada con lo mejor,
ofrece usted á un editor,
él la aceptará enseguida. .

La aceptará, claro está;
pero como pensará
de colección tan preciada
que no se paga con nada...
con nada la pagará.

Y si usted es pobre y en esa
noble y elevada empresa
á no continuar rehusa,
verá usted como la *musa*
no le dá para la mesa.

Deje usted, por compasión,
de relacionarse con
esa *musa* que le inspira;
dé usted al olvido la lira
y aprenda el acordeón...

Catarineu, francamente,
creo que para esa gente
á quien lo sucio alborozó,
que se refocila y goza
con el género indecente,

hacer cosas tan bonitas
cual las por usted escritas
hasta hoy, sin exagerar,
es algo así como echar
á los puercos margaritas...

Veo que ya me propaso
y de este punto no paso...
Señor don Ricardo, si
me hiciese usted caso á mí,
mucho me alegrara el caso...

Permítame que no acabe
sin pedirle que lo grave
deje usted y lo formal,
y que escriba con la sal
y la pimienta que sabe.

¿Quieren veneno? Pues bien,
de usted veneno también,
diciendo al lector conmigo:
—¡Tú te lo quieres, amigo?
¡Pues, anda, tú te lo ten!..

FERNANDO SEGURA.

EL MURO

Pequeño poema... en prosa

(DE CÁTULO MÉNDEZ)

I.

Una pared dura, un muro sombrío, un infranqueable muro, he aquí lo que he encontrado cuando, con un furiosa puñetazo, he roto en mil pedazos la delicada tela, en la cual hábil artista había pintado la inmensidad del mar bullente, adornado de velas aladas, y los lejanos horizontes matizados de estrellas rutilantes.

II.

¡Porque había llegado á irritarme, á ponerme

nervioso, esa engañadora visión del infinito, compuesta y figurada por los azules, verdes y granas que se expendían en la tienda!

Una pared dura, un muro sombrío, un infranqueable muro; he aquí lo que he encontrado, cuando, de un violento puñetazo, he roto en mil pedazos el lienzo engañador.

III.

Mas ¡ay! que satisfecha ya mi cólera, mi melancolía no ha sido menos amarga; y con el puño dolorido, sumido en tristes pensamientos, me he preguntado: Si un gigante con puño de acero, capaz de hacer trizas el horizonte real, se decidiera á hacerlo ¿quién sabe si más allá del mar inmenso y del cielo azulado y de los astros rutilantes, encontraría una pared dura, un muro eterno y sombrío, un infranqueable muro?

E. VILARET.

CUADROS GALLEGOS

VUELTA AL HOGAR

Tiende la noche su manto de melancólicas sombras; las campanas de la ermita no alcanzan al aire sus notas, y los últimos cohetes se perdieron en la atmósfera al estallar, derramando cascadas de oro y aljófar. Terminaron ya las danzas y cruzando *corredoiras* (1) y atravesando pinares y veredas y *congostras*, (2) á sus hogares las gentes de la romería tornan.

Regresan en pelotones revueltos mozos y mozas, como legiones fantásticas confundidos en las sombras y detrás de ellos la gaita al aire lanza sus notas; del *alalá* (3) monótono son las notas melancólicas entre las cuales á veces brota, poblando la atmósfera, un *atruxo* (4) que se pierde en ella, en ondas sonoras; y aquella música, igual, lenta, cansada y monótona, que se pierde en los pinares, en los valles y en las frondas, es el himno de la noche que al blando sueño convoca. Pero se hace cada vez

más densa y negra la sombra; la luna, su blanco disco aun en el cielo no asoma, y es entonces cuando á una enciéndense las antorchas, densos *fachicos* de paja, cuya luz dorada y roja, con la que juega la brisa besándola retozona, centellea, disipando aquellas tinieblas hondas. A su luz, aquel enjambre, turba de mozos y mozas, fantástica procesión en tal punto y en tal hora semeja; la luz arranca de las caras y las ropas borracheras de cambiantes y de luz orgías locas; en los espinos y zarzas que á los lados de las trochas crecen, queda aprisionado el humo de las antorchas, igual que blancos vellones que á la postre se evaporan. Y así avanza aquella turba por sendas y *corredoiras* al són de la vieja gaita con cuyas agudas notas se confunde algún *atruxo* que se pierde allá en la atmósfera.

A su paso van dejando en sus casas á las mozas,

y al llegar ante la puerta de la pobre y blanca choza, todos los acompañantes perfecto círculo forman y la mano en el oído y en la cadera la *moca*, (5) de aquellas gargantas surgen torrentes de frescas notas que el *alalá* acompañan, en tanto con voz sonora despiden á la moza un mozo, mientras le canta esta copla: «Adios *rola* (6) ¡estés campos: adios tí, roña rola ¡Quen n-á noite che velara para saber en quen soñas!»

Intérnase la muchacha en su pobre y blanca choza y sigue la comitiva su camino entre las sombras. Ya se alejan, ya se alejan, y ya ante los ojos flotan, igual que estrellas lejanas que se extinguen, las antorchas. La brisa trae en sus alas del *alalá* las notas... Es que dejan en su hogar y despiden á otra moza... y cada vez más distante suena una copla... otra copla... y con la última *rapaza* se extingue la última nota.

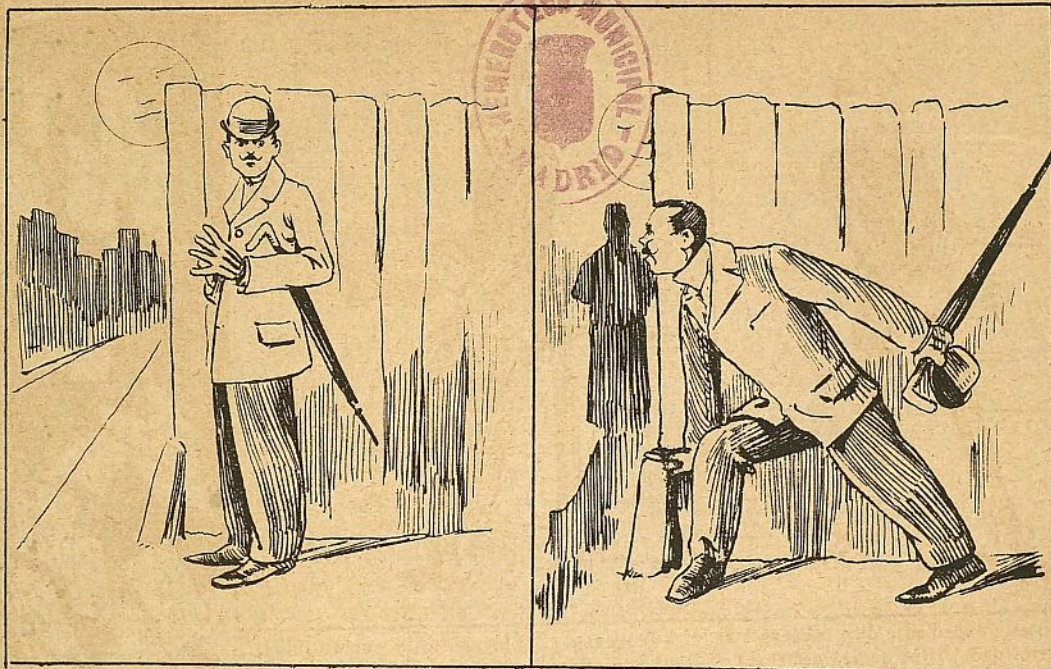
MANUEL AMOR MEILÁN.

1 *Corredoira*.—Camino de herradura.2 *Congostra*.—Cuesta.3 *Alalá*.—Canto popular.4 *Atruxo*.—Grito agudo y prolongado propio del país.5 *Moca*.—Carrote nudoso y gr. eso.6 *Rola*.—Tortola.

UN EMPLEADO DE SEIS MIL, POR M. GONZALEZ.



DECLARACION, POR MOYA.



Yo sé que ella ha de pasar por aquí. Y lo que es esta noche, me declaro.

¡Oh! Ya está ahí; siento sus pasitos en el corazón.



¡Si! ¡Sábelo, vida mía! ¡yo te adoro!!

!.....!

LA JAULA DE LOS GORRIONES

En una jaula vivía
una porción de gorriones
y á todas horas había
entre ellos mil disensiones.

Para que todos cesasen
en sus riñas y altercados,
acordaron se nombrasen
dos gorriones diputados,
los que de diversos modos
debían, con seriedad,
establecer entre todos
la justicia y la equidad.

Convocaron á elecciones,
y de distintos partidos

más de catorce gorriones
quisieron ser elegidos!

Los más listos pronunciaban
discursos todos los días,
para ver si así ganaban
generales simpatías;

otros, algo más ladinos,
para que fueran votados,
prometían dar destinos
si salían diputados,

y dos de aquellos gorriones
—que no sabían hablar—
regalando cañamones
á los que iban á votar,

se ganaron la elección
sin el menor alboroto,
¡pues no hubo ni un gorrión
que les negara su voto!

Y hoy los demás los alhagan
y no hay riñas ni altercados
¡porque todo se lo tragan
los gorriones diputados!...

Esto no tendrá interés,
os confieso la verdad,
pero me parece que es
de mucha oportunidad.

J. RODAO.

¡CUIDADO CON EL!...

*Turpis amor, furdis auri-
bus esse solet.*
(OVIDIO, 2 de Remed.)

Hacen burla de Cupido
poetillas y copleros,
ignorantes del valor
que tiene dicho *sugeto*.

A buen seguro que si
se enteraran de sus hechos,
menos fuera el entusiasmo
y los disparates menos.

Por Dios aclaman al *nene*,
cuando es furia del averno,
condenación de las almas
y espanto del mismo cielo.

Débil y ciego le pintan,
cuando pudo con su esfuerzo,
de Hércules domar la clava
y horadar de Jove el peto.

¡No es ciego ni débil, no,
el que logró con su aliento
trocar la paz en discordia
y el paraíso en infierno!

Audaz, terrible, inclemente,
tirano, traidor, perverso,
infame, ruin, caprichoso,
ingrato, fuerte y soberbio,
nadie escapó de sus mañas,
ni de su abrasador fuego,
ni de su fuerza indomable,
ni de sus tiros certeros.

Por él Milón de Crotona
convertíase en muñeco
ante cualquier mujercilla
de ojos rasgados y negros.

Por él Aquiles vistió
enaguas y zagalejo,

y el fastuoso Sardanápalo
permutó la ruca en cetro;
consintió Ciro por él
que, su corona ciñendo,
le diera Apama *cachetes*
en vez de amorosos besos.

Por él Marco Antonio un día
pescaba en el mar *cangrejos*,
en tanto el furor de Augusto
talaba todos sus reinos.

Tuvo él la culpa de que
Sansón perdiera el cabello
y Xerxes su dignidad
y su albedrío Passieno,
su capa el casto José,

Adriano su talento,
Ovidio su libertad
y Acab el alma y el cuerpo.

De Nino de Babilonia
fué verdugo y juez á un tiempo
y por él la patria Ibera
rindióse á los agarenos.

De Medea el fratricidio,
de David el adulterio,
de Catilina la infamia,
de Clitemnestre el incesto,

la desgracia de Siquen,
de Sodoma el desenfreno,
de Troya la destrucción,
de Antioco el fin horrendo,
y otras mil y mil tragedias,
y otros mil y mil sucesos
que son de la humana historia
asco, asombro y vilipe idio,

¿quién ocasionólos? ¿quién
más que ese niño travieso,
según le pintáis y es
atleta, invencible y fiero,
huracán devastador,
rugiente y voraz incendio,
mar de gigantescas olas
que llegan al firmamento?

Júpiter mismo no pudo
vencer su indomable efecto
y en bestia se transformó
por correr tras sus deseos.

¡Y eso que era un dios! Bien
[veis,

poetillas y copleros,
que no es prudente hacer burla
de quien burla á los más diestros;
de quien pisa, ultraja, acosa,
de quien corrompe á los cedros,
y ablanda al firme diamante
y hace que se abra el hielo;
de quien, en fin, hace esclavos
á los reyes y á su imperio,
y torna á los mansos fieras,
y á los más sensatos, necios.

«No hay burlas con el amor»
dice Calderón en verso;
yo en prosa también lo digo,
ya que por su causa muero.

¡Porque hace días que sufre
los incurables efectos
de una fuerte calentura
que me tiene cojo y ciego!

JOSÉ MARÍA CODOLOSA.



Verán Vdes.

D. Tomás Lucas, ex-corresponsal de LA SEMANA Cómica en Valdepeñas, nos debe Ptas. 57 (cincuenta y siete pesetas, dicho sea sin ofender á nadie) y D. J. Julián, nuestro ex-corresponsal en Almería, nos debe Ptas. 30 (que son treinta pesetas, en lenguaje vulgar.)

Pero no es esto lo triste del caso: lo triste del caso es que ni D. Tomás Lucas (de Valdepeñas) ni D. J. Julián (de Almería) quieren pagarnos lo que nos deben. Y eso está feo.

Tan feo, que para ver si se arrepienten viendo su acción en letras de molde, intento recordársela semanalmente, hasta que me paguen ¡ay! lo que indebidamente me retienen.

Y ahora que hablo de corresponsales que no pagan.

¿Se acuerdan Vdes de aquel famosísimo **Ignacio Guerola**, apreciable *industrial* valenciano, que fué también corresponsal mío en la hermosa ciudad del Turia?

Pues... ¡rubor me da decirlo! — todavía no me ha pagado las 261 pesetas que me debe.

De modo que ya sabemos qué escena de la *Gran Via* podrían representar con justicia estos tres apreciables sujetos: el de Valdepeñas, el de Almería y el de Valencia.

¡La de los ratas!

Leo:

«Los periódicos ingleses, ocupándose de la agitación que reina en Lisboa con motivo del convenio anglo-portugués, dicen que si Portugal rechaza su aprobación, quedará Inglaterra con las manos libres para anexionarse á Delagoa.»

Anexionarse... anexionarse...

¡Caramba! yo creía que *eso* se llamaba de otro modo.

Ahora ya sé lo que han hecho D. Ignacio Guerola (el de Valencia), D. Tomás Lucas (el de Valdepeñas) y D. J. Julián (el de Almería.)

¡Se me han anexionado tres mil y pico de ejemplares!

Con una cuerda muy fuerte
ataron al loco Peña;
y al verlo dijo otro loco:
— ¡Vaya una moral que enseñan,
dejando en un cuarto á solas
á un loco con una cuerda!

RICARDO ROYO VILLANOVA.

El Diluvio del martes se indigna y se entristece ante el fallecimiento del niño Llorach, muerto á consecuencia de los malos tratamientos de que fué víctima en el *Asilo Naval*.

Muy santo y muy bueno. Yo aplaudo esa indignación y me asocio con toda el alma á esa tristeza.

Pero... que me perdone el colega: creo que debía haber mostrado esos humanitarios sentimientos dos días antes.

Cuando, insepulto todavía el cadáver del que fué en vida Alcalde de Barcelona, escupió sobre él la más cobarde y la más villana de las injurias: la que se dirige á un muerto.

Por lo visto, *El Diluvio* quiere ponerse mal con los buitres y con las hienas.

Porque les disputa el oficio...

El martes se dió en el Tivoli una función, á beneficio del simpático administrador del teatro, D. José Oriol Molgosa y del representante de la empresa, señor Gimenez.

Tratándose de quien, como Molgosa, tantas simpatías se ha sabido crear y del representante de la empresa Cereceda, Sr. Gimenez, inútil es decir que el teatro estuvo concurridísimo y que los beneficiados ganaron con la función honra y provecho.

Mi felicitación á los beneficiados.

Dicen que la cara es el espejo del alma.

Y yo, francamente, lo siento por los carboneros...

Concierto europeo, estreuada el sábado en el Eldorado, es una revista de las pocas buenas que nos han venido de Madrid: ingeniosa, bien pensada y escrita en verso fácil y correcto hasta cierto punto.

¡Lástima que los actores encargados de representarla no sepan — que no saben — dar más realce al desempeño! Y claro es que al hablar así hago una escepción en favor de la señora Alverá, que, como siempre, estuvo inimitable.

El éxito fué franco y merecido.

Y por él felicito á los autores de la letra señores Sánchez Seña y Arenas, y al de la música, Sr. Fernández Caballero.

*Hasta la cama en que duermo
tiene lástima de mí
¡y es que leo siempre El Diluvio
cuando trato de dormir!*

En un examen:

— ¿Cuántas son las Siete Partidas?

— Catorce.

Imp. de Calzada é Hijo. Arco Teatro, 9, pasaje

PRECOCIDAD, POR «MECACHIS»



—Y tú ¿qué quieres ser?
—Yo, corista italiana, porque dice mi papá que son
ías que hacen fortuna.

A N U N C I O S

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
EN BARCELONA

—D. JUAN TÁSSO—
Kiosco de la Rambla, frente á la calle Hospital

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ
Kiosco, plaza Sto. Domingo

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
EN VALENCIA

D. Julián Peris Mencheta
Calle Entenza, núm. 40

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
EN SEVILLA

D. JOAQUIN NADAL
Fernan Caballero, 6, 2.º

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
en la República Mexicana

D. RAFAEL B. ORTEGA
Primera de Sto. Domingo, 12
MÉXICO

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
en Isla de Cuba

Sra. Vda. de Pozo é Hijo
Obispo, 55 — HABANA

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
EN GUATEMALA

D. ANTONIO PARTEGÁS
Octava Avenida Sur. Almacén

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
EN CARACAS

D. Antonio S. de Bethencourt
Calle del Sur, 4

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
EN PARIS

Madame Schneider
Kiosque 50 — Boulevard Montmartre

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
EN PARIS

Madame Lemaitre
Kiosque 34. — Boulevard des Italiens

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
EN BURDEOS
Mr. Marcelin Lacoste
Place de la Comédie, 3

LA SEMANA COMICA
Periódico literario, festivo, ilustrado
Colaboran en él los mejores literatos y los mas
celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Barcelona. Trimestre, 1'50 ptas.
Fuera. Semestre, 5

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Vertrallans, 3, 1.º — Barcelona
Despacho todos los días laborables de 2 á 4 tarde